

Iritzia

Behatokia

POR Koldo Mediavilla



Lo nuevo y lo viejo

Quando se invoca al bien común y se ponen de por medio sillones ministrables, se habla de diálogo y se exigen ámbitos de poder, se reclama humildad desde la soberbia... la política no es nueva sino vieja-viejuna

CUANDO era un chaval veía las cosas con ojos de joven. Creía que el universo era distinto. Y no, lo que era diferente era mi percepción. Cuando era adolescente me preguntaba cómo sería cuando llegara el 2000. Aquel guarismo resultaba una frontera mítica. Me cuestionaba si llegaría al cambio de milenio. Si un cataclismo destruiría el planeta o los extraterrestres nos colonizarían como subspecies a modo de reserva alimenticia. Mis preocupaciones eran otras. Quien llevaría el balón para jugar en la carretera. Si éramos suficientes para echar un partidito a veinte goles o si, por el contrario tendríamos que jugar a gol-portero. Eran temas trascendentes. Vitales. No como ahora que nos distrae la gobernabilidad del país u otras zaran-dajas similares. Las personas adultas me parecían viejos y viejas. Aunque mi madre dijera que “viejos son los trapos”, no la gente. Viejos, sí, porque su vida me parecía aburrida, llena de tópicos y de labores poco divertidas como ir a trabajar, lavar la ropa, planchar o hacer la comida. Estudiar también era un rollo que no servía para nada. Bueno, para que me castigaran si las notas no eran buenas. Por eso me bastaba con superar el trámite y evitar la bronca de rigor. Pensaba que el estado natural de la humanidad era la vagancia. Y las inquietudes que me sacaban de ella eran los amigos, el juego, la calle, la despreocupación.

Pasada la niñez, el contraste con el mundo de los viejos devino en rebeldía. En el cuestionamiento de todo y de todos. Había que diferenciarse como fuera. Progres frente a carcas. Contestatarios contra sumisos. Melenudos, barbudos, despendolados, sátiros e irreverentes como alternativa de una generación tenida por rutinaria y viejuna. Había que vivir. De día y también de noche. No fuera a ser que el milenio nos atrapara dormidos o que un ovni nos abdujera en un descuido. La diferencia generacional nos seguía pareciendo abismal. En mi subconsciente de hoy, recuerdo que veía a los dirigentes de mi partido como venerables viejecitos. Algunos lo eran. Más por el maltrato físico que soportaron en vida que por pura edad biológica. Habían estado curtidos por un calendario extremo y su aspecto era el reflejo de la crujeza del invierno padecido por el franquismo. Era como si la dictadura les hubiera consumido días y años enteros.

Visionando en jornadas pasadas las fotos de la asamblea de Iruñea que el PNV celebró en 1977, recobré esa sensación. Las instantáneas eran en blanco y negro. Y hasta la indumentaria de aquel tiempo acompañaba la percepción de que aquella era una generación anciana. ¿Qué equivocado estaba! “¿Sabes que edad tenía Luis Mari Retolaza en esa foto?”, me preguntó un compañero de fatigas. Quizá por el respeto que su imagen desprendía, siempre me pareció que Retolaza era una persona mayor. “¿Cuántos años tenía entonces?”, le pregunté. “53”.

Me quedé petrificado. Luis Mari Retolaza estuvo en Iruñea, en 1977, siendo casi dos años más joven que yo mismo al día de hoy. Revisé una vez más el álbum conmemorativo y fui poniendo fechas a quienes allí aparecían. Mi edad actual superaba a muchos de quienes identifiqué en su día como viejos. Hasta el exsecretario de Podemos Euskadi, Roberto Uriarte, aparecía hecho un imberbe, en un encuadre de militantes jeltzales bermeanos soportando una ikurriña. ¡Ay, las hemerotecas! ¿Cuán puñeteras resultan en ocasiones!

Los jóvenes de ayer éramos viejos hoy casi sin quererlo, sin percibirlo, porque en lo más íntimo de cada cual todos nos creemos, al menos en mi caso, que seguimos siendo los mismos que hace un tiempo llevábamos pantalones cortos. Melancolía de uno mismo. Descubrir esto, que quienes estuvimos el pasado fin de semana en Iruñea tenemos más edad que quienes lo hicieron hace cuarenta años, me produjo una cierta desazón. *Tempus fugit*, y a qué velocidad.

Lo antiguo y lo moderno chocan siempre con

la realidad. También para quienes se identifican con una forma renovada de hacer política frente a la despreciada *casta* de la vieja cosa pública. Nadie niega que en la acción política, como en cualquier otra actividad humana, haya habido comportamientos poco edificantes o que en la disputa ideológica y partidaria se produzcan artificios para nada estimulantes. Pero cuando a algunos se les llena la boca de términos como *transparencia* o *participación*, cuando se advierte de que hay que acabar con las *puertas giratorias* y otras soflamas similares, habrá que fijarse, más que en el léxico empleado, en los comportamientos de quienes los pronuncian. Porque una cosa sigue siendo predicar y otra, muy distinta, dar trigo. Cuando se invoca a la defensa del bien común y se ponen de por medio sillones ministrables, cuando se habla de diálogo y lo que se hace es exigir ámbitos de poder material, cuando se reclama humildad desde una actitud de soberbia, la política que se exhibe no es nueva sino vieja-viejuna.

Cuando se presume de pureza democrática y las decisiones se toman desde la centralidad en una conjugación permanente del *yo-mi-me-conmigo*, se hace un ejercicio rancio y trasnochado de lo que debe ser la pluralidad participativa. Cuando se pretende que los representantes públicos deban alejarse de su actividad profesional una vez finalizada su etapa representativa y se contempla la excepción de esta norma para los docentes (es decir, para uno mismo), lo que se pretende no es una regeneración de la política sino una profesionalización de la misma ya que sólo quienes tengan patrimonio suficiente o quieran convertir su acción en actividad laboral podrán dedicarse a estos menesteres.

¿Cómo entender la exigencia de transparencia para los demás cuando un candidato propio —con notable patrimonio, según su propia declaración— omite de su biografía haber sido dirigente de una organización falangista, la OJE, en los últimos años del franquismo? ¿Cómo se compeadece presentarse ante el escaparate público como modelo de renovación y a las primeras de cambio verse envueltos en pugnas judiciales por espionaje interno o por discriminación y coacciones a una candidata por parte de la dirección del partido? Los partidos *emergentes* han aprovechado la

El tiempo del velo se acabó. Les toca emerger aquí. Y dar la cara. Solo así sabremos si su novedad es fresca o enlatada. Y si tiene fecha de caducidad

indignación de una parte de la ciudadanía para presentarse ante la sociedad como alternativas virginales de un adanismo político que, en cierta medida, les ha recompensado con un notable éxito electoral. Presumían de ser nuevos en esto de la cosa pública, pero cada día que pasa sus comportamientos nos demuestran que, como los demás, están hechos de carne y hueso. Que lo nuevo no es tan reciente y que quizá lo antiguo no fue tan desacertado como algunos denuncian. Las encuestas publicadas recientemente presentan una foto fija en la que Podemos mantiene buena parte del apoyo cosechado en las pasadas elecciones generales en Euskadi. Su pasado éxito pudo sorprender a propios y extraños, pero reflejó la simpatía de una importante porción del electorado vasco que ansiaba la posibilidad de un cambio político en el Estado. Fue un voto reactivo y emocional. Una simpatía que todavía, a tenor del estudio sociológico presentado, mantiene viveza y respaldo en el conjunto de la Comunidad Autónoma Vasca. Pero quien crea que la voluntad de la ciudadanía se mantiene inmutable se volverá a equivocar. En la medida en que el electorado vasco conozca a la representación de los *círculos*, que contraste sus planteamientos de proximidad y les someta a un examen de coherencia y responsabilidad, estará en condiciones de evaluarlos en una nueva elección directa de ámbito territorial propio. Eso no significa que crea que vayan a ganar o perder espacio. Simplemente, que el contexto variará y que las condiciones para determinar si la gente les brinda su confianza o no —como a todos los demás— será diferente. Veremos entonces si los nuevos-viejos soportan la prueba del algodón.

Hoy por hoy, no me atrevo a hacer un vaticinio al respecto. Pero estoy seguro que nada será igual a lo conocido hace unos meses. Los *emergentes* vascos parten con un crédito relevante. Su anonimato en Euskadi les ha permitido hasta ahora vivir de la popularidad de su clase dirigente madrileña, cuyo éxito comunicativo y mediático ha eclipsado las fortalezas y debilidades de una organización que en este país resulta ignota. Hasta el punto de ocultar que en su seno había flechas y pelayos enmascarados que han terminado como electos. Pero el tiempo del velo se acabó. Les toca emerger aquí. Y dar la cara. Solo así sabremos si su novedad es fresca o enlatada. Y si tiene fecha de caducidad. Por sus hechos les conoceréis, que decían las escrituras.

* Secretario del EBB de EAJ/PNV